

CAPÍTULO I

Aquella mañana había amanecido nublado. Todo era sombrío y triste por aquellos días. Páginas unicolores que transcurren pausadamente, hojas pálidas, translúcidas, sin vida. Gris... todo gris.

—¡Juan, no cojas eso, te puedes hacer daño!

—Sí, mamita.

María, pensativa, miraba cómo el pequeño, ¡espejos de azabache! jugaba a su alrededor. La jornada había sido muy larga y estaba cansada. Al día siguiente, como todos los demás, tenía que madrugar para poder llegar a buena hora a la vieja fábrica de tabaco.

No había sido fácil conseguir que la admitieran como operadora encargada de pegar las etiquetas a las cajetillas de cigarrillos. Encontrar trabajo en aquellos tiempos era una ardua tarea y aún más para una mujer joven con un hijo pequeño, pero María nunca había tenido miedo a nada: luchó y luchó hasta que logró su propósito. Había estudiado Bachillerato Elemental y hubiera continuado si sus padres, en especial su madre, no le hubieran aconsejado, casi obligado, a aprender todo lo que tenía que saber una futura ama de casa: cocinar, coser, planchar...y olvidarse de los estudios “Poco propio de mujeres”, repetían constantemente sus progenitores. Pero no pudieron acabar con el constante deseo de saber que la impregnaba y continuó aprendiendo, leyendo todo aquello a lo que tenía acceso. Le gustaba especialmente, y de forma casi enfermiza, todo lo relacionado con Italia y su cultura. Su profesor de bachillerato continuaba

dejándole material para leer. Pensaba que, más tarde o más temprano, cuando las condiciones fueran más favorables, podría reanudar sus estudios

—Juan, estate quieto que no te puedo poner bien el pijama.

—Sí, mamaíta.

—Vamos, a la cama. Bien tapadito. Ahora, a rezar...

Todos los días transcurrían de la misma manera. Ella dedicaba toda su vida a su hijo, a su trabajo y a sus lecturas y era feliz, no necesitaba nada más. Pero aquel día...

El sol apenas dejaba vislumbrar unos tenues rayos y la nieve lo cubría todo. La noche anterior había nevado copiosamente. La ciudad amanecía blanca y la torre de la iglesia, enhiesta y majestuosa, contemplaba cómo la ciudad iba despertando poco a poco. Nunca se había visto nevar de aquella manera. Los más ancianos del lugar no recordaban otra igual. Los más jóvenes no conocían la nieve. Hacía veinte años que no nevaba en Caetana. Los mayores solían contar anécdotas de la última: fracturas en brazos y piernas, caídas, techos hundidos debido al peso de la nieve... Pero, y a pesar de la nieve, Caetana lucía maravillosa, tal una jovencita con traje nuevo. El otrora color verde de sus plazoletas habíase tornado blanco nacarado y las calles estrechas de la ciudad vieja aparecían como monjitas de la caridad con sus delantalitos amerengados. Los pocos coches que se atrevían a circular tenían que hacerlo con cuidado.

María iba hacia la fábrica bien abrigada. Se había puesto el único abrigo que tenía, de color gris marengo; colocado unos guantes de lana rojos, a juego con la bufanda; un vestido de cuadros verdes, que dejaba al aire sus preciosas rodillas, un poco a la moda, y unos zapatos de tacón. Al llegar a la fábrica, se cambiaría y se colocaría un uniforme azul oscuro.

No podía decirse que fuera de una belleza espectacular, pero resultaba realmente atractiva. De 1,67 m, su cuerpo espiado no era excesivamente delgado; el pelo, negro azabache, lo tenía largo y bien cuidado, recogido en una coleta que le daba aspecto de colegiala; ojos verdes, ausentes y transparentes, ocultando un gran secreto. Cuando reía, en contadas ocasiones, o junto a su pequeño, asomaba a su bello rostro una hilera de dientes blanquísimos que la hacían aún más hermosa.

Caminaba ausente, cuando de pronto, un señor de mediana edad: alto, moreno, bien vestido, con traje de chaqueta azul, gafas de sol oscuras que no permitían ver sus ojos, se acercó a ella.

—¡Señorita! Perdona, ¿es usted María Castiglione?

Se sobresaltó, miró a su alrededor, no vio a nadie y aunque ella no solía tener miedo, un escalofrío recorrió su cuerpo al oír aquella voz. Su primera intención fue continuar, pero algo la retuvo. Se paró en seco frente al desconocido, lo miró fijamente y contestó:

—Sí, soy yo. ¿Sería tan amable de decirme qué desea? ¿Cómo sabe mi nombre?

—No se inquiete, por favor. Me llamo Jaime, no voy a hacerle daño. Desearía que me escuchara. ¿Podríamos hablar en algún otro lugar?

Accedió a pesar de no conocerlo. Algo en su interior le hacía confiar en el desconocido. Ambos se dirigieron a casa de María. El pequeño Juan aún no se había levantado. Su madre, una señora madura que había sufrido mucho en la guerra, en aquel momento trasteaba por la casa realizando las tareas domésticas. Se extrañó al ver a su hija regresar a poco de haber salido, pero no dijo nada.

La joven le presentó al señor, al que la dama saludó educadamente y los tres pasaron a la única sala de estar de la casa.

La pequeña estancia recordaba a María, sin riquezas, sin adornos superfluos, limpia, alegre, con flores por todos los rincones. Las recogía del pequeño jardín que tenía una señora a la que cuidaba en sus ratos y días libres y a la que ayudaba en las labores de la casa cada vez que ésta lo necesitaba, más como una amiga que como una chica del servicio. Sobre una cómoda pequeña y un poco vieja, que estaba colocada en un rincón de la sala, había una foto de Juan recién nacido, con su culito al aire y junto a ella, apilados, viejos libros amarillentos. Delante del sofá, una mesa camilla vestida con unas enaguas que la propia María, ayudada por su madre, había confeccionado. Sobre la mesa, un paño de croché, hecho con todo el cariño del mundo. Dos sillas y un mueble pequeño con un televisor en blanco y negro eran todo el mobiliario de la sala. Se sentaron en el sofá.

—¿Le apetece una taza de café? —preguntó la señora.

—Muchas gracias, se agradece con este frío.

La señora Marta se fue a la cocina a preparar el café. “¡Qué fácil era ahora! Aún recordaba cuando sólo tenían cebada para tomar”. Su infancia había sido muy dura. Trabajó de lo que pudo. Con trece años, se desplazaba diariamente a los pueblos de los alrededores del suyo para vender pan, sardinas..., todo aquello que le proporcionara dinero para poder subsistir. Como no tenía con qué pagar el billete de tren, unas veces iba andando hasta treinta kilómetros; otras, se escondía debajo de los asientos. En algún momento, salió huyendo de los policías, exponiéndose a ser apresada y llevada a comisaría. El hambre que

recorría los pueblos y ciudades de España había hecho de Marta una mujer aún en su más tierna juventud. Comía lo que podía. Días enteros sin nada que llevarse a la boca. Otros, con un plato que su madre, con un tomate, un pimiento, ajo, cebollas, un poco de aceite y pocas patatas cocinaba para la familia. Seis miembros la formaban: los padres, dos hijos y dos hijas. El mayor era el más “señorito”, trabajaba en el ayuntamiento del pueblo, pero casi no ganaba para él; el segundo hacía lo que estaba en sus manos, y no era mucho. Acompañaba a Marta cada vez que podía y, en cierta medida, cuidaba de ella. Después de Marta estaba Pepa, la pequeña, siempre dentro de la iglesia, siempre rodeada de beatas. Fue la única que hizo la comunión. Nadie de la familia lo supo. No eran buenos tiempos para los festejos. Sin embargo, una vez pasados estos primeros años de dureza extrema, Marta recordaba sus años adolescentes con emoción y nada de tristeza. Siempre tenía presente a sus grandes amigas: Gloria, Marta, Moni y las carteras, hijas del cartero del pueblo, Sonia, Berta, Julia y Claudia. ¡Qué buenos momentos vividos juntas!: los carnavales prohibidos, corriendo delante de la policía, los teatrillos de pueblo en pueblo. La juventud que todo lo puede y logra acallar incluso al hambre. Hasta que conoció a su esposo y comenzó una nueva vida. Julia, la mejor costurera del pueblo, le regaló el vestido para la boda: un traje gris marengo y un chaquetón de invierno. Entre todas las amigas habían comprado la tela. Todavía recordaba el ágape: galletas María, café y una copita de anís.

—¿Y bien?

—Me ha preguntado hace un momento cómo sé su nombre y la respuesta no es tan fácil como a simple vista podría parecer. Permítame contarle una historia que responde a su interrogante.

Y el desconocido comenzó a hablar... Ella permanecía silenciosa y atenta. Las palabras de aquel hombre iban poco a poco absorbiéndola. Un escalofrío la recorrió de nuevo. No podía ser, no tenía sentido. Aquel hombre estaba inventando una historia, pero ¿para qué?, ¿con qué fin?, pensó. Por otro lado, parecía convencido de lo que contaba. Daba datos, fechas, lugares, personas... Cuando terminó su relato, estaba muda, incapaz de articular palabra alguna. Su cuerpo temblaba y un sudor frío se había apoderado de ella. Ella, que a pesar de su fragilidad, siempre se había mostrado ante los demás como una mujer fuerte, aparecía ahora ante aquel desconocido como era realmente: una joven de veinticuatro años sola y asustada.

Había amado mucho siendo casi una niña. A los dieciséis conoció a Felipe, del que se enamoró locamente y con el que se casó, apenas cumplidos los diecinueve. Ambos compartían las mismas aficiones: devoraban libros. Querían estudiar cuando las circunstancias les fueran más propicias. El pequeño Juan no tardó en llegar y la felicidad inundó aquel hogar. Pero un día aciago de otoño, en el que las nubes emborronan el cálido azul del hermoso cielo caetano y se confunden con el horizonte en la majestuosa bahía, Felipe cayó gravemente enfermo y en pocos días murió. A María nadie la vio llorar. A solas con su dolor, se enfrentó a la vida. Por su pequeño, por él seguía luchando. Cuando se produce el encuentro con el desconocido, María llevaba dos años sin Felipe y comenzaba a reponerse del drama sufrido.

Al ver la reacción de la joven, Jaime la cogió por la muñeca y cariñosamente le dijo:

—Tranquilícese, tómese mis palabras con calma. Reflexione sobre lo que

le he dicho. ¡Tenga, mi tarjeta! Puede llamarme por teléfono cuando quiera. Si decide no hacerlo, pensaré que no cree lo que le he contado. Pero, por favor, no se apresure y espero, por su bien, que su respuesta sea la más acertada.